

LECCIÓN XXII

LA CIENCIA DE LA EDUCACIÓN. — MM. HERBERT SPENCER
Y ALEJANDRO BAIN

La ciencia de la educación. — Los filósofos alemanes. — Los filósofos ingleses. — El ensayo sobre la *Educación* de E. Herbert Spencer. — Plan de la obra. — Definición de la educación. — Destino humano. — Tendencias utilitarias. — Diversas categorías de actividad. — Crítica de la clasificación de M. Spencer. — Consecuencias pedagógicas. — La ciencia es el fondo de la educación. — La ciencia para la salud y la actividad industrial. — La ciencia para la vida de la familia. — La ciencia para la actividad estética. — Exageraciones y preocupaciones. — Educación intelectual. — Leyes de la evolución mental. — Educación personal. — Educación moral. — Sistema de castigos naturales. — Dificultades en su aplicación. — Vuelta á la naturaleza. — Educación física. — Juicio general. — M. Bain y la *Ciencia de la educación*. — Impresión general. — División del libro. — Orden psicológico y orden lógico. — Educación moderna. — Errores teóricos. — Tendencias utilitarias. — Juicio final. — Los pedagogos americanos : Channing, Horacio Mann. — Conclusión.

La ciencia de la educación. — Hoy, debido á obras de consideración, la ciencia de la educación no es una vana palabra ni objeto de vaga esperanza para los filósofos ni de fáciles chanzas para los espíritus ligeros. Requiere, sin duda, que se la constituya definitivamente; pero ya no oculta su nombre ni sus pretensiones; define su objeto, expone sus métodos y manifiesta por todas partes su juvenil vitalidad.

Los filósofos hasta nuestra época, no pensaron en organizar la pedagogía, en constituirla sobre un plan racional. Por otra parte la práctica de la educación está menos avanzada que las concepciones de los filósofos :

se obedece en aquélla con más frecuencia á una irreflexiva rutina ó á las vagas inspiraciones del instinto. Los métodos que están en uso no están coordinados. Tienen una mezcla singular de viejas tradiciones y de modernas enmiendas. La falta de firmeza, de coordinación en las ideas, el espectáculo de esas contradicciones es el que hacia decir á J. P. Richter (1) :

« La educación actual se parece al arlequín de la comedia italiana que se presenta en la escena con un rollo de papeles bajo cada brazo. ¿Qué trae usted en el brazo derecho? le preguntan. — Órdenes, responde. — ¿Y en el izquierdo? — Contraórdenes! »

Un gran número de filósofos del siglo diez y nueve han intentado corregir esa incoherencia y arreglar, apelando al espíritu científico, la marcha empirica ó rutinaria de la pedagogía : esos ensayos son los que vamos á exponer sumariamente.

Los filósofos alemanes. — Kant, y siguiendo su ejemplo, la mayoría de los filósofos alemanes han asociado la teoría de la educación á sus especulaciones sobre la naturaleza humana.

Fichte (1762-1814), en sus *Discursos á la nación alemana* (1808), proclamaba la necesidad de una educación nacional, para asegurar la regeneración y la elevación de su patria. Partidario de la educación pública y común, porque quería antes que nada, combatir el egoísmo que mantiene la vida de la familia, ha contribuido con sus elocuentes llamamientos á rehacer la grandeza moral, intelectual y, por consiguiente, la grandeza material de la Alemania.

Schleiermacher (1768-1834) escribió una *Doctrina de la educación*, que no se publicó sino hasta 1849. Desarrolla en ella, entre otras ideas la proposición de que la educación religiosa no pertenece á la escuela, que es propiedad de la familia y de la Iglesia.

Herbart (1716-1841) compuso una serie de escritos

(1) J. P. Richter, más conocido con el nombre Juan Pablo (1763-1825), autor de un libro espiritual y elevado, *Levana ó Doctrina de la educación*, 1803.

pedagógicos que le asignan distinguido lugar en la serie de los filósofos de la educación. Señalemos sobre todo su *Pedagogía general* (1806) y el *Bosquejo de mis lecciones de pedagogía* (1840). Lo que distingue á Herbart es que ha querido reducir á sistema las reglas pedagógicas, dándoles por principio su propia teoría psicológica. Inauguró en psicología un método nuevo, que, por lo demás, parece no haber producido los resultados que de él se esperaban: el método matemático. Para él la psicología no es otra cosa que la mecánica del espíritu, y puede aplicarse el cálculo para medir por medio de fórmulas matemáticas la fuerza de las ideas. El alma no posee facultades innatas, se desarrolla progresivamente. Pero serían necesarios largos esfuerzos para penetrar en lo íntimo del pensamiento original de Herbart. Limitémonos á decir que nutrido desde muy temprano en las ideas de Pestalozzi, de quien era amigo, fundó una verdadera escuela pedagógica.

Beneke (1798-1854) es autor de una *Doctrina de la educación y de la instrucción*, que según la expresión del Dr. Dittes, es una obra maestra de pedagogía psicológica. Beneke concuerda con Herbart, en muchos puntos; sus métodos pedagógicos fueron popularizados por J. G. Dressler, director de la escuela normal de Bauzen, muerto recientemente en 1860.

Carlos Schmidt (muerto en 1864) escribió varias obras de pedagogía, inspirándose en la frenología de Gall y en sus fantásticas hipótesis. Sin duda alguna, la inspiración no es feliz, y los trabajos de Schmidt son mejores por sus detalles, por sus reflexiones particulares y no por su doctrina general. Pero cuando menos, de su tentativa queda esta verdad: que la ciencia de la educación debe tener por principio no sólo la psicología, si también la fisiología, la ciencia completa del hombre, la del cuerpo y la del espíritu.

No hay un solo país en que, como en Alemania, haya tomado la pedagogía un desarrollo filosófico más elevado. Los mismos grandes poetas, Lessing, Herder, Goethe, Schiller, contribuyeron con algunas grandes ideas para la construcción de una ciencia de la educación.]

Los filósofos ingleses. — La filosofía inglesa, con su carácter experimental y práctico, con sus tendencias positivas y utilitarias, estaba llamada naturalmente á ejercer sobre la pedagogía grande influencia. Se recogen más verdades en los pensadores que á diferentes grados derivan de Locke y de Bain y que han conservado gusto por la observación prudente, por las experiencias atentas, que en los idealistas alemanes, prendados de la hipótesis y de las construcciones sistemáticas.

De allí depende sin duda, el considerable éxito que han obtenido, aun en Francia, los libros últimos de M. Herbert Spencer y de Alejandro Bain.

El libro de M. Herbert Spencer. — Si bastase definir exactamente el objeto para alcanzarlo, y descubrir el verdadero método para constituir la ciencia, el libro de M. Herbert Spencer, *De la educación intelectual, moral y física* (1) sería un libro definitivo. Pero una cosa es comprender que la psicología es el único principio sólido de una pedagogía completa y exacta, y otra es determinar las verdaderas leyes de la psicología.

« No se sistematizará definitivamente la educación, dice M. Spencer, sino el día en que la ciencia esté en posesión de una psicología racional. »

Ese día aun no ha llegado, y M. Herbert Spencer que es el primero en reconocerlo, presenta modestamente su obra como un ensayo. Pero si no ofrece todavía una teoría perfecta y cumplida de la educación, el escrito del filósofo inglés es cuando menos un esfuerzo vigoroso y marca con precisión un camino cierto hacia la pedagogía racional, hacia la ciencia de la educación que, según la expresión de M. Virchow, « debe desterrar para siempre los tan-

(1) *Educación intelectual, moral y física*, Londres, 1861. La primera traducción francesa se publicó en 1878. París, Germer-Bailliére.

teos de una educación ignorante cuyas experimentaciones están expuestas á volver á establecerse continuamente. »

Plan de la obra. — Todo sistema de educación supone á la vez que una moral, es decir, una concepción determinada de la vida, del destino humano, una psicología, es decir, un conocimiento más ó menos exacto de nuestras facultades y de las leyes que presiden á su desarrollo. En efecto, en la educación hay dos cuestiones esenciales : 1º ¿ Cuáles son los objetos de estudio y de enseñanza propios para suscitar las cualidades cuyo conjunto constituye el tipo del hombre bien educado? 2º ¿ Cuáles deben ser los métodos con los que se enseñe pronto y bien al niño lo que se ha convenido en enseñarle? — En otros términos, existe la cuestión del objeto y la cuestión de los medios : la moral es necesaria para resolver la primera ; la psicología para decidir la segunda.

M. Spencer ha ordenado las diversas partes de su obra siguiendo ese plan. Bajo el título : *¿ Cuáles son los conocimientos que tienen más precio?* el primer capítulo no es en el fondo sino una serie de reflexiones sobre el término supremo, sobre las diferentes formas de la actividad humana, y por consiguiente sobre la importancia relativa, sobre el rango que conviene atribuir á los estudios que componen una educación completa.

En los otros tres capítulos, *Educación intelectual, moral, física*, el autor examina las prácticas que se consideran como mejores para instruir la inteligencia, moralizar el carácter y fortificar el cuerpo.

Definición de la educación. — Comienza M. Herbert Spencer por una definición de la educación :

« La educación, dice, es todo lo que hacemos por nosotros mismos, y todo lo que hacen los demás por nosotros, con el fin de acercarnos á la perfección de nuestra naturaleza... El ideal de la educación consistiría en obtener una preparación completa del hombre para la vida entera... No busquemos el desarrollo exclusivo de un orden de conocimientos á expensas de los otros, por muy importante que pueda ser : dirijamos nuestra atención sobre todos, proporcionemos por igual nuestros esfuerzos á su valor relativo... En general, el objeto de la educación debe ser adquirir del modo más

completo posible los conocimientos que mejor sirvan para desarrollar la vida individual y social bajo todos sus aspectos, y en tratar superficialmente los que menos concurren á ese desarrollo. »

Esta definición tiene el defecto de ser algo ambiciosa y de no adaptarse á todas las formas de la educación. Tal vez verdadera si se trata del ideal que debe alcanzarse en una instrucción completa, accesible para algunos hombres privilegiados, no podría ser aplicada á la educación popular : cierne su vuelo muy arriba de las condiciones humanas y de las realidades sociales.

Destino humano. — La concepción del destino, tal cual la bosqueja M. Spencer al principio de su libro, tiene tendencias utilitarias marcadísimas. Su primer reproche contra la educación real, es que ésta sacrifica lo útil á lo agradable, que por preocupaciones comunes, todo lo concerniente al ornato, al adorno del espíritu predomina sobre los conocimientos que aumentarían el bienestar y que asegurarían la felicidad. Así como en la historia de las costumbres, entre los salvajes por ejemplo, se demuestra que el gusto por la compostura ha precedido al uso del vestido, así también, en la instrucción, los estudios de lujo se han antepuesto á los estudios útiles. Esto es sobre todo, más cierto en las mujeres : conceden su preferencia á las cualidades puramente decorativas.

En su reacción un poco exagerada contra las superfluidades que en la instrucción clásica se han sustituido erróneamente á estudios más necesarios, llega M. Spencer hasta decir :

« Del mismo modo que el Indio del Orinoco se pinta y se tatúa, el niño de nuestros países aprende el latín, porque este conocimiento forma parte de la educación de un *gentleman*. »

No tomemos, sin embargo, esto al pie de la letra : M. Spencer no llega hasta suprimir los estudios desinteresados que algunas veces son tanto más necesarios cuanto parecen más superfluos. Pide únicamente que no se reduzca la instrucción al aprendizaje de las

pequeñas elegancias de una lengua muerta, ó al estudio de las trivialidades de la historia, tales como las fechas de las batallas, el nacimiento y la muerte de los príncipes.

Tendencias utilitarias. — La utilidad, es decir, la influencia sobre la felicidad, es el criterio cierto según el cual deben ser apreciados, admitidos ó excluidos, y por último clasificados, los objetos que se propongan al estudio del hombre como elementos de su educación. Bien entendido, considerando la felicidad en su sentido más amplio y más elevado. La felicidad no reside en la satisfacción de tal ó cual tendencia privilegiada. Consiste en existir lo más que se pueda, en vivir de modo completo. La función de la educación es prepararnos para una vida completa.

Diversas categorías de actividad. — La vida completa supone diversas clases de actividad, que deben subordinarse unas á otras, según su importancia y su dignidad. He aquí cómo propone M. Herbert Spencer, clasificar estas diferentes categorías de actividad, siguiendo un orden de progresión ascendente :

1°. En el primer lugar se coloca la actividad que tiene simplemente por objeto la conservación personal. De nada serviría ser un gran letrado, ni ciudadano, ni patriota, ni padre abnegado, ó por mejor decir, todo eso sería imposible si no se supiese desde luego garantizar la propia seguridad y la vida.

2°. Viene en seguida la serie de acciones que tienden *indirectamente* al mismo objeto del bienestar físico, por la adquisición, por la producción de los bienes materiales necesarios para la existencia, es decir, la industria, las diferentes profesiones.

3°. En tercer lugar el hombre emplea sus fuerzas en servicio de la familia : tiene hijos á quienes alimentar y educar.

4°. La vida social y política es el cuarto objeto de sus esfuerzos : supone como condición previa el cumplimiento de los deberes de la familia, así como la vida de familia supone el desarrollo normal de la vida individual.

5°. Por último, la existencia humana termina y se corona, por decirlo así, con el ejercicio de las activi-

dades que podrían llamarse, usando una sola palabra, estéticas, y que se aprovechan de los ocios dejados por los cuidados y por los negocios para satisfacerse con el cultivo de las letras y de las artes.

Crítica de esa clasificación. — ¿Qué puede reprenderse en ese cuadro exacto y metódico de los diversos elementos de una existencia completa, normal y por consiguiente humana? ¿Sería necesario hacer notar que la felicidad comprendida de ese modo no difiere de lo que llamamos virtud? Ninguno de los cinco elementos distinguidos por M. Spencer puede ser impunemente omitido. No podrían desdeñarse los primeros sin comprometer la realidad material de la vida, ni los últimos sin minorar la dignidad moral. En cierto modo son solidarios unos de otros, en el sentido de que las actividades inferiores, egoístas, son las condiciones que hacen posibles las otras partes del papel humano; y que las actividades superiores, desinteresadas, llegan á ser algo así como la justificación del trabajo que nos tomamos para existir y para satisfacer las necesidades materiales.

Sin embargo, tenemos que hacer una reserva grave. M. Spencer comete el error de relegar hasta la última categoría de la actividad, la que es remate de las otras, todo lo concerniente al desarrollo moral del individuo. Pediríamos que entre la segunda y la tercera clase de acciones, se intercalase otra forma de actividad, la que consiste en la vida moral personal, la que en todo hombre, aun en el más humilde y el más pobre, ejercen la conciencia, la razón y la voluntad. El sistema de M. Spencer es decididamente muy aristocrático. Parece que reserva solo la vida moral para los hombres que tienen ocios. En una sociedad democrática, que cree en la igualdad y que quiere que no sea una vana palabra, hay muchos esfuerzos que hacer para desarrollar moralmente á la persona humana en todas las condiciones, y sería importuno reducir la actividad personal á la solicitud de la salud y del bienestar material.

Consecuencias pedagógicas. — Ahora es fácil comprender los deberes de la educación. Conformando sus esfuerzos á la naturaleza, distribuyendo sus lec-

ciones según la misma división de las funciones humanas, buscará los conocimientos más propios para hacer del alumno un hombre sano y robusto desde luego; después un industrial, un obrero, un hombre capaz de ganar su vida; en seguida le formará para la familia y para la ciudad, dotándole de todas las virtudes domésticas y cívicas; y por último le abrirá el brillante dominio del arte bajo todas sus formas.

La ciencia es el fondo de la educación. — Dividida la vida humana en cierto número de departamentos superpuestos, que la educación nos enseñará á escalar sucesivamente, se trata de saber cuáles son los hechos, los conocimientos que corresponden á cada uno de esos grados de actividad. A esta cuestión, responde M. Spencer que, lo que sobre todo es necesario en todos los grados del desarrollo del hombre, es que la ciencia sea el fondo de la educación.

La ciencia para la salud y la actividad industrial. — En la primera parte de la educación, en la que tiene por objeto la conservación de nosotros mismos, es en la que la ciencia es menos útil. La educación en este punto puede ser en gran parte negativa, porque la naturaleza se ha encargado de conducirnos por sí misma á nuestro objeto. El niño grita á la vista de un extraño; se arroja en brazos de su madre al menor dolor. Á medida que crece, el hombre necesita más y más de la ciencia, y no podría prescindir de la higiene y de la fisiología. Por medio de ellas evitará todas las pequeñas imprudencias, todas las faltas físicas que abrevian la vida ó que preparan enfermedades para la vejez. Por medio de ellas acortará la considerable distancia que existe entre la longitud de la vida posible y la brevedad de la vida real. ¡ Verdades evidentes y sin embargo desconocidas !

« ¡ Cuántos sabios existen, exclama M. Spencer, que se ruborizarían si se les sorprendiese pronunciando Ifegenea en lugar de Ifigenia, y no se abochornan por la ignorancia en que están, por ejemplo, de lo que son las trompas de Eustaquio y de las funciones que desempeña el cordón espinal ! »

Relativamente á las actividades que podrían llamarse

lucrativas, y al género de instrucción que exigen, M. Spencer demuestra aún la utilidad de la ciencia. Conoce lo mucho que se está dispuesto en la sociedad moderna á favorecer la instrucción profesional, industrial; pero juzga, y no sin razón, que no se manejan como se debería para acertar por completo en esa vía. Todas las ciencias, las matemáticas por sus aplicaciones á las artes, la mecánica por sus relaciones con la industria donde las máquinas decempeñan papel tan importante, la física y la química por los conocimientos que dan sobre la materia y sus propiedades, las mismas ciencias sociales á causa de las relaciones del comercio con la política: todas las ciencias concurren al desarrollo de la habilidad, de la prudencia del hombre que se dedica á un oficio, á una profesión cualquiera.

La ciencia para la vida de familia. — Uno de los puntos en que la originalidad de pensamiento de M. Spencer se señala con brillo y que desarrolla con elocuente vivacidad, es la necesidad de hacer que los padres y particularmente las madres se penetren de sus obligaciones y de sus deberes, ponerles en estado de gobernar la educación de sus hijos enseñándoles las leyes naturales del espíritu y del cuerpo :

« ¡ No es monstruoso, exclama, que el destino de las nuevas generaciones se abandone al azar de la rutina y del capricho, á las inspiraciones de nodrizas ignorantes y á las preocupaciones de las abuelas? La mejor instrucción, aun entre los privilegiados de la fortuna, no es más, en el estado actual, que una instrucción de celibatarios. »

Sin cesar se repite que la vocación de la mujer es educar á sus hijos, y no se le enseña nada de lo que necesitaría saber para llenar dignamente esta noble tarea. Ignorante, como lo está, de las leyes de la vida y de los fenómenos del alma, sin saber cosa alguna sobre la naturaleza de las emociones morales ni sobre las causas de los desórdenes físicos, su intervención en la educación del niño es con frecuencia, más desastrosa que lo que podría serlo su inacción absoluta.

La ciencia en la educación estética. — En

seguida M. H. Spencer demuestra que la actividad social y política tiene también necesidad de ser apoyada por la ciencia. No se es ciudadano sino á condición de conocer la historia de su país.

Lo que es más difícil conceder á M. Herbert Spencer es que, á su vez la educación estética esté fundada en la ciencia. ¿No hay exageración en sostener, por ejemplo, que las malas composiciones musicales son malas porque carecen de variedad, y que carecen de verdad « porque carecen de ciencia? » ¿Se llega á ser letrado ó artista como se llega á ser geómetra? ¿Para cultivar con éxito estas artes que son como la flor de la civilización, no es necesario, además del talento y de las dotes naturales, un largo ejercicio, una iniciación lenta, algo en fin, más delicado que la atención que basta para instruirse en una ciencia?

Exageraciones y preocupaciones. — Como nadie, creemos en la eficacia, en las virtudes pedagógicas de la ciencia, y á semejanza de M. H. Spencer, la haríamos el principio de la educación. Sin embargo, es necesario precaverse de llevar esa religión de la ciencia hasta la superstición: nuestro autor no está exento completamente de este vicio.

Que la ciencia desarrolle las cualidades intelectuales, juicio, memoria, razonamiento, lo admitimos; que las desarrolle mejor que el estudio de las lenguas, pase todavía. Pero nos es imposible dejar de protestar cuando M. Spencer la presenta dotada de la misma eficacia para inspirar las cualidades morales: perseverancia, sinceridad, actividad, resignación á las voluntades de la naturaleza y aun la piedad y la religión. La ciencia nos parece medio infalible para animar, para excitar las diversas energías del alma, pero ¿tendrá también la virtud de disciplinarlas? Gracias á la ciencia el hombre sabrá lo que le conviene hacer, si quiere ser trabajador, padre de familia, ciudadano, pero con una condición, y es precisamente que lo *quiera*, y ¿de esta educación de la voluntad se encargará también la ciencia? Es permitido dudarlo.

El mismo M. Spencer parece participar de esta desconfianza hoy, si creemos lo que dice una de sus más recientes obras, en un capítulo de su *Ciencia*

social (1). « La fé en los libros y en la naturaleza, es una de las supersticiones de nuestra época. » Hay equivocación, agrega el autor, cuando se establece una relación entre la inteligencia y la voluntad: pues la conducta está determinada, no por el conocimiento, sino por la emoción.

Quien esperase enseñar la geometría dando lecciones de latín, no sería más irracional que aquel que contase producir sentimientos mejores por medio de una disciplina de las facultades intelectuales. »

Á decir verdad, M. Spencer ha caído aquí en otro exceso y según nos parece ha concedido mucho y ha rehusado demasiado sucesivamente, á la influencia de la instrucción sobre la moralidad.

Educación intelectual. — Hasta ahora no hemos examinado con M. Spencer sino la naturaleza de los objetos y de los conocimientos que convienen para la educación del hombre. Queda por averiguar cómo puede el espíritu asimilarse esos conocimientos. El oficio de la pedagogía no es sólo formar teóricamente el cuadro brillante de los estudios necesarios: investiga también los medios, los métodos que se deben emplear, para que estos estudios puedan ser presentados al espíritu y tengan más probabilidades de serle provechosos.

M. Spencer estima que en esta parte, en cierto modo práctica, la pedagogía debe ser guiada por la idea de la evolución, es decir, de la marcha progresiva de un ser que se hace, que se cria poco á poco, y que da á luz sucesivamente, siguiendo leyes determinadas, potencias envueltas primitivamente en los gérmenes que ha recibido de la naturaleza ó que le han sido transmitidos por la herencia.

Leyes de la evolución intelectual. — En otros términos, M. Spencer muestra que los preceptos de la pedagogía no podrán ser definitivamente deducidos sino cuando las leyes de la evolución mental hayan

(1) *Introducción á la Ciencia social*, p. 390.

sido netamente establecidas, y aun ensaya establecer algunas de estas leyes.

Hace constar que el espíritu pasa naturalmente de lo simple á lo complejo, de lo indefinido á lo definido, de lo concreto á lo abstracto, de lo empírico á lo racional; que el génesis del individuo es el mismo que el génesis de la raza, que la inteligencia se asimila sobre todo lo que descubre por sí misma; por último que toda cultura que aprovecha al alumno es á la vez un ejercicio que le excita y que le regocija.

De allí resultan estas consecuencias prácticas: que es necesario desde luego proponer al niño asuntos de estudios simples, de cosas particulares de objetos sensibles, con el fin de encaminarle poco á poco hasta las verdades complejas, á las generalidades abstractas, á las concepciones de la razón; que no se puede exigir de la inteligencia infantil otra cosa que nociones vagas é incompletas á las que aclarará el trabajo del espíritu gradualmente; que la educación debe ser, en pequeño, para cada individuo una repetición y una copia de la marcha general de la civilización y del progreso de la humanidad; que conviene atenerse más al esfuerzo personal del alumno, que á la acción del maestro; que, por último, es necesario buscar los métodos que interesen y aun los que entretengan. De esa manera, el educador en lugar de contrariar á la naturaleza, en vez de desconcertarla en su marcha y en los grados insensibles de su desarrollo real, se rejará á seguirla paso á paso; y la educación será, no ya una fuerza que estorbe, que comprima, que sofoque, sino, al contrario, una fuerza que sostenga, que estimule, asociándose la obra de las potencias espontáneas del alma.

Educación personal. — M. Spencer da mucha importancia á la máxima que recomienda proteger, antes que todo, la educación personal.

« Es necesario ayudar con todas nuestras fuerzas el desarrollo espontáneo. Es preciso que se conduzca al niño de manera que por sí mismo haga las investigaciones, saque consecuencias de sus descubrimientos. Debe decirsele lo menos que se pueda y hacer que encuentre lo más posible. La humanidad no ha progresado sino haciendo por sí misma su educación; el mejor medio para el individuo

de llegar á los mejores resultados posibles, es seguir ese ejemplo; de esto nos dan con frecuencia prueba los éxitos brillantes obtenidos por los hombres que se han formado por sí solos. Las personas que han sido educadas bajo la disciplina común á las escuelas, y que por eso profesan la idea de que la educación no puede hacerse de otro modo, considerarán imposible el hacer de un niño su propio maestro. Si no obstante, reflexionan que el conocimiento fundamental, importante de los objetos que le rodean es adquirido por el niño pequeño sin el socorro de nadie; si recuerdan que aprende solo su lengua materna; si se dan exacta cuenta de la suma de observaciones, de experiencias, de conocimientos extra-escolares que cada individuo adquiere por sí mismo; si notan la extraordinaria inteligencia que se desarrolla en el pilluelo abandonado en las calles de Londres, y esto en cualquiera de las direcciones en que son solicitadas sus facultades por todas las condiciones en medio de las cuales vive; si por último, reflexionan sobre el número de talentos que se han abierto paso por sus solas fuerzas, reconocerán tal vez que no es irracional deducir que si los objetos le son presentados en buen orden y de buena manera, todo niño de una capacidad común podrá superar casi sin resistencia las serias dificultades que encuentre. »

Educación moral. — La educación moral, sin dar lugar á una teoría tan completa como la de la educación intelectual, ha sugerido sin embargo á M. Spencer algunas reflexiones importantes.

M. Spencer declara formalmente que no acepta lo que él denomina el dogma de M. Palmerstón, lo que llamaríamos en Francia el dogma de Rousseau; á saber: que todos los niños nacen buenos. Se inclina más del lado de la opinión contraria que « aunque insostenible, dice, es á pesar de eso menos vacía y más verdadera ». Sin duda alguna, no debe esperarse de la infancia mucha bondad moral; pero bien puede verse que M. Spencer fuerza un poco las cosas y ennegrece el retrato del niño cuando dice, por ejemplo:

« El niño se asemeja á un salvaje. Sus facciones físicas, así como sus instintos morales recuerdan al salvaje. »

Tomado al pie de la letra, tal pesimismo nos llevaría lógicamente á una disciplina moral severísima, toda represión y violencia. Y sin embargo no es esa la conclusión de M. Spencer, quien recomienda una conducta tolerante y suave, un sistema de indiferencia

relativa, que casi podría creerse dictado por el optimismo de Rousseau. Reprueba la disciplina brutal de los colegios ingleses. Quiere, en fin, que se trate al niño, no como un rebelde incorregible que no obedece sino á la fuerza, sino como un ser inteligente, capaz de comprender rápidamente las razones, y las ventajas de la obediencia, por el solo hecho de que se da cuenta del enlace de las causas y de los efectos.

Sistema de castigos naturales. — La verdadera disciplina moral, según M. Spencer, es la que coloca al niño bajo la dependencia de la naturaleza, la que le enseña á detestar sus faltas por las consecuencias naturales que le acarrearán. Debe renunciarse á los castigos artificiales, casi siempre irritantes y mal acogidos, y no recurrir, lo más á menudo, sino á las privaciones, al descontento que son las consecuencias necesarias y como las reacciones inevitables de las acciones cumplidas.

Un muchachito, por ejemplo, desordena todo en su cuarto: el método de los castigos naturales quiere que él sea quien repare ese desorden; pronto se corregirá de una turbulencia que á él le hace padecer el primero.

Una muchachita, por indolencia ó por demasiada pretensión en su tocado, se hace esperar para salir á paseo: que se la castigue no aguardándola y dejándola en casa; es el mejor medio de curarla para el porvenir de su pereza y de su coquetería.

Ofrece ciertamente grandes ventajas el sistema que tiende de ese modo á sustituir las lecciones de la naturaleza á las penalidades ficticias. Somete al niño, no á la autoridad de un maestro que pasa, de padres que morirán un día, sino á una ley cuya acción no cesa ni se retarda nunca. Los castigos artificiales provocan con frecuencia la resistencia del niño, porque no comprende su sentido, porque, proviniendo de la voluntad humana, pueden ser tachados de injusticia y de capricho. ¿Podrá tan fácilmente rehusarse á inclinarse ante la fuerza impersonal de la naturaleza, fuerza que proporciona exactamente el mal á la falta, que no admite excusa, y contra la cual no hay apelación, y que ejecuta sin amenazas, sin cólera, rigurosa y silenciosamente la ley?

Dificultades de aplicación. — El principio de M. Spencer es excelente, pero requeriría poder ser aplicable tan á menudo como lo cree nuestro filósofo. El niño en la mayoría de los casos, es poco reflexivo, muy poco racional, para comprender y sobre todo para escuchar las sugerencias del interés personal.

Agreguemos que este principio es enteramente negativo y que cuando más, da el medio de evitar el mal; que aun concediéndole una eficacia que no tiene, sería todavía necesario reprocharle la estrechez de la cultura moral, pues la reduce á la preocupación algo mezquina de la utilidad sola, y porque no ejerce influencia ninguna sobre el desarrollo de las virtudes positivas, sobre la educación desinteresada de la moralidad en lo que tiene de noble y de elevado.

Por último, con el sistema de castigos naturales se arriesgaría con frecuencia ser cruel, porque se causaría al niño un mal irreparable. Pueden pasarse la pelota de alfileres, el agua del calentador, la flama de las velas, ejemplos propuestos por M. Spencer. Pero, ¿cómo aceptar la barra enrojada por el fuego que deja agarrar al niño! ¿Qué pudiera decirse sobre todo de las consecuencias gravísimas que le ocasionarían las faltas cometidas, al joven entregado á sí propio?

«¿No sería esto, dice con razón M. Gréard, condenar al niño á un régimen severo hasta la injusticia, el contar únicamente para disciplinar su voluntad, con los efectos de las reacciones naturales y de sus inevitables consecuencias? La pena que provocan es con mayor frecuencia, enorme con relación á la falta que las ha producido, y aun el hombre reclama para su conducta otras sanciones que no sean las de la dura realidad. Quiere que se juzgue la intención á la vez que el hecho; que se le agradezcan sus esfuerzos; que no se le lleve de un golpe hasta las extremidades; que se le hiera si es preciso, pero sin abatirle y tendiéndole la mano para que se levante (1).»

Vuelta á la naturaleza. — Sea lo que fuera, debe agradecerse á M. Spencer que haya demostrado que,

(1) Véase el *Espíritu de disciplina en la educación*, memoria de M. Gréard, publicada en la *Revista pedagógica*. 1883, n.º 11.